

Aniversario de los mártires de la UCA: doce años

*“Queremos ver a Jesús”
Rodolfo Cardenal S.I.*

Homilía del 15 de noviembre de 2001

Hermanas y hermanos, estamos reunidos esta noche para conmemorar un aniversario más de los mártires de la UCA, pero también para recordar y conmemorar a los mártires de El Salvador, que forman una constelación. No podemos olvidar a ninguno de nuestros mártires.

Queremos también, esta noche, hacer un recuerdo agradecido del congresista Joe Moakley quien murió a mediados de este año. El congresista Moakley fue el que más trabajó por la verdad sobre el asesinato de la UCA y el que más se aproximó a ella hace doce años. Todavía resuenan sus palabras en el auditorio de esta universidad, cuando le dijo al entonces general Ponce que tenía un problema dentro de la Fuerza Armada, es decir, que los asesinos estaban dentro. El congresista Moakley fue de los primeros en preocuparse por brindar protección legal a los salvadoreños que habían emigrado a Estados Unidos. Al hacer un recuento de su larga vida política, Moakley consideraba que el mayor éxito de su carrera había sido averiguar un poco de verdad en el caso de los jesuitas y que ese caso había cambiado su vida.

También, queremos recordar esta noche a las víctimas de los terremotos y a las víctimas de todos los terrorismos. De los terrorismos de Nueva York y Washington del 11 de septiembre y de los terrorismos que se dan en Afganistán, en África y en otras partes del mundo.

¿Qué tienen en común mártires y víctimas? Nuestros mártires, las víctimas del terremoto y las víctimas de los terrorismos tienen una cosa en común, que una injusticia les ha arrebatado la vida y se las ha arrebatado de manera violenta, y la impunidad con la que actúan sus agresores. Es una injusticia que utiliza la violencia para negar la vida a quienes tienen derecho a ella y a quienes están indefensos ante la agresión.

Estábamos, y creo que a veces todavía seguimos estando, deslumbrados por los avances tecnológicos, por las nuevas tecnologías, por la facilidad de las comunicaciones y por la rapidez con la que se mueven los capitales alrededor del mundo y por otros avances. Estábamos deslumbrados por la globalización de los mercados, de las finanzas, de los viajes. El poder derivado de estos avances, en sí buenos, en sí positivos, porque hacen la vida más fácil, nos tenía entusiasmados a bastantes de nosotros. Pero nos habíamos olvidado que detrás de esos avances o en esos avances también estaban el poder y el dinero, que hay un deseo insano de tener más poder y más dinero. Y fue una ilusión vana que los terremotos, en nuestro caso, y el terrorismo, tal como se ha manifestado ahora en el mundo, nos han llevado a ver las cosas de otra manera. Todavía hay pecado y pecado grave, pecado que da muerte. Creíamos que habíamos alcanzado la perfección, que el capitalismo y su democracia eran la respuesta para todos los problemas. Habíamos olvidado que detrás de esas perfecciones, había un poder que destruye, que destruye sobre todo a los débiles.

Cuando nos piden que olvidemos, que sólo miremos los avances y los progresos, los cuales además son magnificados a propósito, nos están pidiendo que no pongamos atención a las maldades que hace el poder ni a las maldades que hace el dinero, que no veamos la destrucción que causan, que demos la espalda a la injusticia institucionalizada, que ejerce violencia sobre los débiles y sobre los pobres.

Nuestros mártires, las víctimas del terremoto y las víctimas de los terrorismos tienen una cosa en común, que una injusticia les ha arrebatado la vida y se las ha arrebatado de manera violenta, y la impunidad con la que actúan sus agresores.

Este año la conmemoración de los mártires de la UCA y de los mártires de El Salvador coincide con una audiencia en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, en Washington, en la cual se hablará del caso de los jesuitas y del caso Monseñor Romero y de otros casos de El Salvador. Y se hablará también de cómo en esos casos ha sido negada la justicia por las autoridades salvadoreñas. La audiencia tiene razón de ser, porque, tal como lo dijo la Ministra de Relaciones Exteriores recientemente, se ha decidido no abrir el caso para investigar a los autores intelectuales del asesinato de los

jesuitas porque eso traería el caos al país. Esta declaración confirma que la decisión es política y no judicial. Esto significa que en El Salvador, la administración de justicia depende todavía de criterios políticos. No es extraño, entonces, que el Fiscal General de la República, a quien por ley le corresponde investigar, se niegue a ello.

Antes que la Ministra, el mismo presidente Flores, al conocerse la resolución anterior de esta comisión sobre el caso, que mandaba reabrirlo, dijo en tono de amenaza que, si se abría, El Salvador volvería a sangrar. Según esta afirmación, resulta que ahora las víctimas son las culpables de derramar sangre, cuando fue la suya la que ha sido derramada. Es así como el poder niega la justicia cuando así le conviene. En teoría, El Salvador no estaría preparado aún para administrar justicia, lo cual es falso, porque ni se crearía caos, ni se derramaría sangre. Ese es el pretexto para proteger a los culpables de estos asesinatos. En este sentido, estaríamos todavía en un país muy poco democrático, donde hay muy poca seguridad jurídica, porque ésta depende siempre de la conveniencia del poder y del capital.

La justicia es un derecho inalienable, es decir, no está subordinado a las conveniencias del poder y muchos menos cuando ese poder no es ejercido conforme al derecho y conforme a la verdad. Las víctimas de los terremotos nos han recordado lo viejo que es este El Salvador que nos han querido presentar como nuevo. Nos recuerdan la vulnerabilidad, pero no la vulnerabilidad creada por el sismo en sí mismo, sino la vulnerabilidad creada por unas estructuras injustas. Las casas que se han caído mayoritariamente son las de



los pobres, los hospitales que se han caído son los de los pobres, las escuelas y las iglesias que se han caído son las de los pobres, porque los pobres no tienen con qué construir sólida y seguramente.

Las víctimas del terrorismo del 11 de noviembre recuerdan la vulnerabilidad del poder y del dinero. El poder y el dinero no lo son todo, no dan la seguridad. Nos han advertido, han advertido al mundo entero, que algo importante no marcha bien. Algo importante no marcha bien porque la desigualdad entre los países ricos y los países pobres es demasiado grande, es escandalosa. La cantidad de gente que muere, sobre todo de niños y mujeres, por falta de atención es un escándalo que clama al cielo. Las discriminaciones étnicas por motivos religiosos, por género, por orientación sexual son también escandalosas.

El Salvador quedó en ruinas después de los terremotos. El afiche del aniversario de este año nos lo recuerda. Pero en realidad, El Salvador ya estaba en ruinas, los terremotos únicamente sacaron a la luz la podredumbre que teníamos dentro. El 11 de septiembre y sus secuelas han dejado al desnudo la crisis del mundo, una crisis que, en pocas palabras, podemos resumir como una crisis de egoísmo.

Ante este panorama desolador debemos preguntarnos, tal como se pregunta el afiche de este año, qué quiere Dios de cada uno de nosotros y de todos nosotros como comunidad, como Iglesia y como pueblo salvadoreño. Estamos ante la necesidad de buscar cuál es la voluntad de Dios para nosotros. Tenemos dos opciones, reconstruir lo que teníamos y seguir igual o intentar hacer algo nuevo y mejor, de acuerdo al reino de Dios y a las aspiraciones que todas y todos nosotros tenemos.

Los mártires señalan un camino, son un punto de referencia obligatorio en esta tierra de mártires. Son una luz en estos tiempos de oscuridad y desencanto, son un punto de esperanza en estos tiempos de tanta frustración y de tanta turbulencia. Por eso, precisamente, nos hemos reunido aquí, para recordarlos y para levantar la mirada hacia esa luz que nos ilumina y nos reconforta. Una luz que no podrán arrebatarnos o apagar.

La justicia es un derecho inalienable, es decir, no está subordinado a las conveniencias del poder y muchos menos cuando ese poder no es ejercido conforme al derecho y conforme a la verdad.

Los mártires dedicaron su vida y la perdieron ahí donde estaba la encrucijada de la historia de El Salvador de su época. A nosotros nos toca ahora cargar con la encrucijada de nuestra propia historia: ¿qué vamos a hacer ante las víctimas de los terremotos? ¿Qué vamos a hacer ante las víctimas de la

humanidad? ¿Qué vamos a hacer nosotros ante la ruina en la que estamos viviendo? Ruina económica, social, política y moral.

Los mártires entregaron su vida a la causa de la vida, dejaron que se las arrebataran para que a otros no se la arrebaten. Tendremos que preguntarnos si también nosotros estamos en la misma disposición que los mártires que hoy conmemoramos. Con seguridad a nadie se le habría ocurrido que en una universidad pudiera haber mártires. Eso demuestra que cuando se pierde la vida para que las mayorías tengan vida, a uno también le pueden arrebatar la vida ahí donde quiera que esté. El que se entrega al servicio de los demás sabe que éste se puede volver una carga muy pesada, porque la necesidad es mucha y la gente demanda si cesar.

Es el grano de trigo que se deshace, y en ese deshacerse, entregándose, da mucho fruto, la cosecha es abundante. Este deshacerse y entregarse a las necesidades de los demás es la negación más radical de sí mismo y, en este sentido, la negación más radical del egoísmo capitalista, que tiende, por su naturaleza, a acumular dinero y poder. Su resultado es la injusticia institucionalizada y el atropello del débil. En cambio, cuando lo que priva es la disposición a la apertura, a la entrega y al servicio, lo que surge es la solidaridad e incluso la fraternidad. Esto presupone tener siempre delante, no mi ambición de poder, no mi deseo de tener o acumular, sino el deseo de servir, el deseo de entregarse sin reservas y hasta el extremo.

El grano de trigo no se debe dejar caer por resentimiento, ni por frustración, con cólera o por vanidad, porque entonces se vuelve estéril desde el principio, no da fruto. El grano de trigo debe dejarse caer por amor. El amor surge cuando se ha sido afectado por el sufrimiento de la humanidad, por el sufrimiento de los pobres, por el sufrimiento y el abandono de las víctimas. Entonces es cuando nace la compasión y nace la entrega amorosa.

La caída y la germinación del grano de trigo no cobran su fuerza del odio o del deseo de venganza, sino del amor; aunque siempre se trata de un amor difícil por ser un amor exigente. Pero sólo así es posible ver a Jesús. "Queremos ver a Jesús" pidieron los griegos del evangelio que leíamos esta noche, y Jesús les habla de su propia entrega. Sin duda, nosotros también queremos ver a Jesús y vamos a pedir en esta oración comunitaria, en torno a la mesa del Señor, que nos muestre a Jesús. Sin embargo, de antemano sabemos que a Jesús sólo lo encontraremos en la propia entrega.

Jesús mismo nos está diciendo esta noche de vigilia, a través de su palabra y su mesa compartida, que lo estamos viendo en sus mártires, en su entrega sin reservas, en su humillación y su triunfo, en el fruto inmenso que han traído a esta comunidad y a este pueblo y a esta Iglesia salvadoreña. Esa es la razón profunda de nuestra alegría, de por qué los recordamos y de por qué todavía pedimos justicia, de por qué esta reunión debiera despertar un deseo profundo para luchar por vivir como ellos nos han enseñado, entregando la

propia vida, no la de los demás. En este esfuerzo encontraremos a Jesús y Él nos animará y nos indicará el camino y nos dará la fuerza necesaria para recorrerlo. No podemos olvidar a nuestros amigos y amigas, a nuestros maestros y maestras, a nuestros mártires.

Los mártires señalan un camino, son un punto de referencia obligatorio en esta tierra de mártires. Son una luz en estos tiempos de oscuridad y desencanto, son un punto de esperanza en estos tiempos de tanta frustración y de tanta turbulencia.

Israel siempre recuerda las opresiones que sufrió y las liberaciones que Dios protagonizó con brazo extendido y mano poderosa. Jesús, al despedirse de sus amigos y amigas, les dejó como recuerdo el partir el pan y bendecir la copa, en comunidad. Hagan esto en recuerdo mío, les dijo al final. El cristianismo siempre ha recordado a sus mártires y con ellos, las circunstancias de su martirio, de la injusticia y la humillación que este importa y la certeza de que Dios, al igual que a Jesús, una víctima más del poder injusto y opresor, les ha dado la vida eterna levantándolos de la muerte.

Lo que somos, en buena medida, se lo debemos a los mártires. Por eso no los podemos olvidar, ni podemos olvidar las circunstancias de su asesinato. Pero nuestro recuerdo es un recuerdo agradecido por su vida, por su generosidad y por su entrega sin reserva. Por eso, la conmemoración del quince y dieciséis de noviembre es festiva. Por eso también hoy estamos de fiesta. En el fondo, celebramos la victoria sobre la muerte del Dios que resucitó a Jesús, víctima de una injusticia.

El mantener estos dos extremos, el recuerdo y la fiesta, el dolor y la alegría, puede parecer paradójico, pero es la misma paradoja del grano de trigo, que para dar mucho fruto primero se entrega a la tierra. En Dios está puesta nuestra esperanza y sólo en él podemos confiar, como en la esperanza de los mártires. Por lo tanto, hermanos y hermanas, abandonémonos en las manos de Dios y confiemos en Dios. Así sea.

San Salvador, 15 de noviembre de 2001.